

EL
ALMA DORMIDA

(NOVELA MADRILEÑA)

POR

ALFONSO PÉREZ NIEVA

SEGUNDA EDICIÓN



UNIVERSIDAD DE LEÓN

Biblioteca Valverde y Tellez

Capilla Alfonsina

Biblioteca Universitaria

BARCELONA

IMPRENTA DE JOSÉ CUNILL SALA, CORTES, 212

1896

46717

PQ6629

E68

1896



FONDO EMETERIO
VALVERDE Y TELLEZ

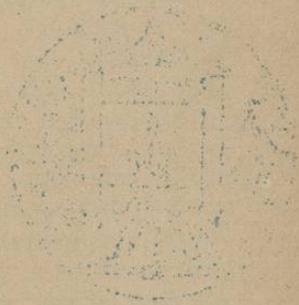
010440

AL SR. D. ALFREDO VICENTI

MI QUERIDO AMIGO: Por lo mismo que le admiro profundamente, no le llamo ninguna de esas zaran-dajas que, como nada cuestan, tanto repartimos á diario; me limito, pues, á poner su nombre al frente de esta «galería» de tipos de la clase media, que ojalá Dios no resulte un corredor de casa de vecindad, y á felicitarle de que El Globo me haya deparado una amistad como la suya.

Su apasionado y afectísimo,

PÉREZ NIEVA



010440

Es propiedad. Queda
hecho el depósito legal.



CAPÍTULO I

LAS tres nada más y había tomado ya con todo sosiego su tacita de café en Fornos é ido después á limpiarse las botas á las Cuatro Calles!... ¡Hubiera jurado que no era tan temprano!... ¡Valiente plantón le aguardaba hasta la hora en que ellas debían bajar á Recoletos!... ¡Mire usted que desperdiciar así el sol!... Pero la moda ordenaba salir á paseo muy tarde y aunque Lola, á Dios gracias, pensaba cuerdamente, ¡cualquier día la mamá y la hermana desobedecían á la moda!... En fin, no tenía otro remedio que esperar resignadamente á que el reloj se dignara dar las cuatro.

Y Miguelito Cruz, andando despaciosamente, parándose de trecho en trecho como el que no sabe de qué manera matar el tiempo inalterable, tomó hacia la Cibeles por la acera de las Calatravas y se detuvo en la esquina del Ministerio de la Guerra para ver pasar la gente que se enderezaba en tropel á los toros. Aquella tarde era la del Domingo de Pascua de Resurrección; toda la Semana Santa se la había llevado diluviando con una insistencia marroquí, y el mismo domingo amaneció con una cerrazón tremenda, pareciendo el cielo una losa de asfalto; los abonados, con el alma en un hilo y esperando ver de un momento á otro el cartelito anunciando la suspensión del espectáculo, se preguntaban rabiosos: pero, ¿dónde se ha metido el sol? El sol estaba de viaje á los asteróides; pero, al pasar por el meridiano, oyó abajo, muy abajo, mugir de reses; mandó detener la carroza; envió á enterarse de lo que acontecía en la tierra á un rayo que atravesó la cerrazón llenando de esperanza á los aficionados, y... ¡justo!... ¡Aquella día era la primera

corrida!... ¡Por vida de las manchas con su chifladura!... Pues no podía faltar... y ordenando al auriga que volviese grupas se enderezó á escape hacia el globo, llegó al horizonte y en cuatro rayazos no dejó en el espacio ni el más mínimo girón de nube.

Despejado el cielo enteramente, todas las casas de un lado de la calle de Alcalá aparecían bañadas de un resplandor inmenso, quebrándose la luz en las vidrieras de los balcones como haciendo burla, con sus haces de reflejos, á los edificios de enfrente, que por la mañana habían carecido de sol por el nublado, y por la tarde se quedaban en la sombra. Sin consultar el almanaque se adivinaba el mes de Marzo, en las pollitas de las acacias no substituidas aún por los solterones de los pinos, apuntaban los botoncillos de la flor nueva, precursores de la época cercana en que ellas se vestirían de largo con sus frondas verdes; los jardines próximos, secos ya pero esponjados por los aguaceros de los días anteriores, soltaban un perfume oloroso y penetrante á primavera; la tempera-

tura era blanda y tibia; flotaba en la atmósfera una tolvanera luminosa que rodeaba todos los objetos de un nimbo brillante y diríase que palpitaba en el espacio el beso amoroso, precursor de la inmensa conjunción de la naturaleza.

Rotos los anillos de la culebra de carruajes que aguardaba desde la Puerta del Sol al café de Fornos; relucientes las charoladas cajas de algunos; desporcillados y viejos otros; fingiendo carecer las ruedas de rayos por la velocidad de la marcha; al escape de sus tiros; cargados de personas en el interior, en la imperial hasta en los estribos; estruendosos y alborotadores tropeles de ómnibus y calesas, persiguiéndose, cruzándose, adelantándose descendía por la calle de Alcalá con el empuje y el estrépito de una inundación. Los ómnibus y calesas más madrugadores regresaban al paso voceando los mayores con grandes berridos: "¡eh, arriba, á la plaza!..." y saliéndoles al encuentro los pelones de la gente, sin que los vehículos se parasen eran tomados al asalto á la mitad

del camino; un aluvión de coches de punto al trote de sus escuálidos jamelgos, mezclado con una turbonada de landós y victorias propios, que dejaba atrás á los de alquiler, avanzaba también en derechura al *circo*; de cuando en cuando pasaba una carretela con cuatro ingleses flemáticos, tiesos, mirando por su monóculo y cargados con los anteojos de campo cuya correa les colgaba del hombro á la cintura ó un milord honrado por apuesta dama con mantilla de blonda negra, ó el golpe de oro de los matadores, fulgurando en su trono ambulante de la casa de coches de Lázaro; allá, con su granuja á las ancas, galopaba un picador retrasado; por aquí, por allí, por todos los sitios caracoleaba trotando un enjambre de jinetes; éste paisano, aquél con el uniforme azul, negro y grana de artillería, el de más adelante con la guerrera celeste y el pantalón grancé de los lanceros ó dragones; los tranvías del barrio de Salamanca, del Hipódromo y del Este iban y venían atestados de viajeros avisando su marcha los conductores

con un silbeteo continuado; de trecho en trecho un municipal, á pie, y algún guardia civil de á caballo por las alturas de la puerta de Alcalá cuidaban del orden de los carruajes; y por las dos aceras, haciendo escala en los cafés, engrosándose con la gente que afluía por las calles del Caballero de Gracia y del Barquillo, como si toda la población se hubiera echado fuera de casa en son de protesta por la llovizna pasada y ávida de esparcirse y de estirar las piernas, abigarrada, desigual, á trozos obscura, á trozos veteada por los trajes de las mujeres, semejando un matorral extensísimo de chisteras ó un sembrado inextinguible de plumas, inquieta, movida, ruidosa bajaba ondulando la multitud, brillando sus mil matices al herirla el sol como si hubiera estallado en fragmentos el arco Iris y ensanchándose ó deprimiéndose con el rumor continuo de un río caudaloso cercano á su desembocadura.

Miguelito Cruz se cansó de contemplar la humana marea, entróse en Recoletos y se sentó en una de las prime-

ras sillas lindantes con la vía de coches, desde cuyo lugar se distinguía el semicírculo de la fuente Cibeles costero á los jardines, hasta su terminación en la calle de Alcalá; aquel era un observatorio que ni de encargo. Miguelito compró el *Madrid Cómico* de la víspera, cortó los dobleces de las hojas, se entretuvo examinando los preciosos y chispeantes *monos* de la revista, y mientras, el paseo se fué llenando con los primeros borbotones de gente de otra riada más pacífica que el turbión de los toros. Miguelito se cansó también del periódico festivo, se lo guardó y miró la hora en su reloj de plata...

¡Las cuatro y media y sin dar señales de vida!... ¿Cómo se retrasarían tanto?... Ellas, que acostumbraban á caer en el paseo, alrededor de las cuatro y veinte!... ¡Verdaderamente no se explicaba semejante tardanza!... ¡Dios mío!... ¡Si no vendrían!... ¡Si les habría pasado algo!... ¡Bah!... ¡Hubiera sido muy casual!... ¡De seguro!... ¡Alguna genialidad de doña Felipa!... ¡Y que tenían proyectado bajar á Recoletos

no le cabía duda! Si no recordaba mal, Lola le citaba "donde siempre"... ¡A ver... á ver! ¡Llevaba la carta encima!... ¡Justo!... ¡Donde siempre!... ¡Es claro!... ¡Pues buena era la hermanita para desperdiciar un tiempo tan hermoso!... ¡Pero nada!... ¡En vano se desojaba clavando las pupilas en la plazoleta de la fuente de Cibeles!... ¡No venían!...

Y Miguelito Cruz mordiscándose furioso el musgo nuevo de su bigote naciente y batallando porque el reflujo de su cólera no se le escapase en un tropel de palabrotas, no acertaba á estarse quieto en la silla; tan pronto se inclinaba con rapidez como se repantigaba bruscamente con grave peligro de que estuviesen poco encajadas las tuercas del asiento; devorado por la impaciencia sacaba el reloj, lo consultaba; acaso sin enterarse de la hora lo guardaba, tornaba á mirarlo y volvía á metérselo en el bolsillo; después cogía un cigarro de la petaca, le mudaba el papel derramando la mitad del tabaco, lo encendía y se lo fumaba en tres chupetones con el mismo afán que si

estuviera en el claustro de la Universidad después de examinarse y en espera de la salida de las notas; de cuando en cuando distinguía entre el tropel de cabezas de la muchedumbre dos sombreros blancos con viseras negras y golpeándole el corazón en el pecho con un martilleo espantoso murmuraba el bueno de Miguelito: ¡Gracias á Dios!... ¡Ahí están!... Los sombreros se acercaban... ¡Maldito sea!... ¡Una ilusión menos!... ¡Eran otros sombreros!... Dos ó tres veces sintió impulsos de subirse sobre la silla para alcanzar más espacio con sus miradas... No se atrevió á empinarse por no llamar la atención!... ¡Vuelta al reloj! ¡Las cinco menos cuarto!... No pudo aguantar más, se levantó de un arranque y se fué á buscarlas en derechura á la calle de Alcalá, colándose por los claros del gentío, aguantando sin chistar los encontrones y rompiendo el oleaje de la multitud que bajaba hacia los paseos, como un bote solitario que se engolfa en el mar.

La subida de la calle de Alcalá no era tan fácil como Miguelito Cruz se

figuraba; bien pronto le cortó el paso un remolino de gente junto al Ministerio de la Guerra y tuvo que salirse al arroyo para poder continuar su ruta: andando con lentitud, fijándose en cuantas personas pasaban, esquivando un atropello de los jinetes y carruajes que corrían al borde de la acera, siguió hasta la calle de Peligros y allí se paró desalentado. Ni por esas... ¡no venían!... El relámpago de un pensamiento le iluminó de repente el cerebro. ¡Tal vez se le hubieran escapado sin haberlas visto!... ¡En aquel barullo!... Su angustia le hizo aferrarse á tal idea con una tenacidad de náufrago, volvió pies atrás; sorteó la verja de la Cibeles y se entró nuevamente por Recoletos dispuesto á registrarlo de cabo á rabo.

La estación primaveral, llegada pocos días atrás á la Corte para cumplir su compromiso de decorar los paseos urbanos con bastidores de frondas, había llenado ya de hojitas nuevas el cordaje de ramas de Recoletos con gran contento de los pájaros, que próximos á unirse en matrimonio, volaban de

copa en copa buscando la más soleada y alegre para alquilar un rincón donde hacer el nido. Los recuadros de los jardines estaban de desestero, bien que todavía ostentasen la mayor parte sus alfombras de invierno de tierra obscura, pero por algunos sitios les asomaba la esterilla de verano de verde yerba.

Aquella tarde, como de domingo, tenía mucho que ver el paseo. La vía enlosada por la que discurre la muchedumbre arriba y abajo, desde la plazuela de la Cibeles hasta la rotonda de la casa de la Moneda, hallábase cuajada de gente muy aderezada y compuesta, revelando en sus atavíos el placer con que se había lanzado á la calle después de la encerrona de Semana Santa impuesta por la lluvia; la concurrencia era tan grande y tan compacta que cada cual se enteraba sin quererlo, de la limpieza del cuello de la camisa ó de la gola del vestido, del que iba delante, tan cerca andaban allí ojos y cogotes; á una y otra banda, aposentados en filas de sillas de hierro pintadas de amarillo, descansaban

muellemente dos pedazos inmensos de multitud, separados por la corriente humana que burbujeaba en medio yendo y viniendo.

Hallábase allí á la sazón la propia flor de la clase media, dando al paseo ese matiz *burgués* que le caracteriza; por todas partes se distinguían trajes femeninos compuestos, retcompuestos, vueltos del revés y variados según la moda de cada estación y con más años de servicio que un veterano de carabineros; capotas y sombreros oliendo á mano casera, como manda la economía, con los adornos de siempre colocados de modo distinto y reformados para disimular con alguna florecilla nueva; chisteras de día festivo y de la antepenúltima moda, que no hay cinco duros sobrantes para mercarse una todas las temporadas, y levitas y chaquets con los dobles de estar guardada la prenda la semana cabal en la cómoda horteril. La gente era la de costumbre, aquí, en corro, mejor tumbados que sentados en los sillones, con las piernas estiradas sobre otras sillas, en indecente postura, un grupo de mo-

cetes barbilampiños, creídos ya unos calaveras desde que cursaban primero de Derecho, y se tragaban el humo del cigarro, hablando de recio, con groseras palabrotas y tacos y ternos y muy seguros de que no paseaba muchacha que les resistiese. ¡Como que la virtud es un mito!... Allí, una mamá aburrída y bostezadora, custodiando á sus cuatro hijas, lindos pimpollos muy peripuestos con llamativos faralares, enredadas en un charloteo de ojos y en una telegrafía de sonrisas con los estudiantes, pero inadvertido todo por la madre, distraída con la menos disimulada de las distracciones; allá dos amantes muy pegaditos, muy acaramelados, hablándose casi al oído y sin darles un ardite el público y el papel de barba que hacía junto á ellos la señora que les acompañaba; acá una viuda con niños cuidándose más de los grandes; por este lado un alferecillo flechando ó creyendo flechar á la pollita de junto; por ese otro una abonada á domingo que concurría asiduamente sin atrapar acomodo; ora pasaba de braceo una pareja de recién

casados, ella con el vestido de ceremonia y él de negro también, empuñando la sombrilla de raso de la cónyuge; ora avanzaba alguna joven, empecatadamente vestida, según el dialecto del paseo, excitando la atención general, surgiendo de la urdimbre de plumas, flores y lazos que resplandecía con los colorines de una carta geográfica un rumor inmenso de miles de conversaciones salpicadas de gritos y risas, en el que se adivinaban la murmuración y la envidia, los dos miasmas mortíferos que se evaporan envenenando la atmósfera de aquella gran laguna de Recoletos.

Vuelto todo ojos y comiéndose á miradas la gente de las sillas engolfóse Miguelito Cruz en la arrollada de personas del paseo; de cuando en cuando se paraba para fijarse bien en algún sombrero blanco con visera negra que se le antojaba conocido. ¡Ya se lo sospechaba él! .. ¡Habían llegado sin que las viera! ¡Pero luego, acercándose, se convencía de su equivocación y seguía! ¡Más de cuatro veces tuvo que refugiarse en los jardinillos, huyendo

de un encuentro importuno con algún amigote posma! ¡Sólo eso le faltaba!... Avistó por fin la figura de Colón que se yergue á lo alto de su elevadísimo pedestal con la apostura que corresponde al cabo de gastadores de la escuadra de estatuas de la Castellana, y allí permaneció desalentado en la plazoleta. ¡Era inútil continuar! ¡Jamás trasponían Recoletos! Entonces tornó al paseo hundiéndose de nuevo entre la gente. A poco una de las oleadas del público le arrojó sobre un montón de compañeros de facultad, que charlaban en corro formando un enredijo de piernas. Miguelito Cruz atisbó el arrecife y quiso evitarlo pero no le dió tiempo, descubrióle un discípulo que le gritó tendiéndole la mano: ¡hola ilustre! y el asendereado mozo se vió precisado á acercarse.

Componían el grupo seis ó siete estudiantes de buena casa, acomodados todos, gente fumadora y locuaz, peor hablada que un carretero, y que comprobaban cuantos comestibles aparecían al alcance de sus ojos, apilando sobre los sillones *cacahuets*, barquillos y

otros manjares menudos que se engullían con gran algazara, sin dejar de piropear con la boca llena á cuantas mujeres transitaban á tiro de su lengua incansable. El arribo de Miguelito Cruz fué saludado con un coro de voces y cuchufletas.

—¡Dichosos los ojos!... ¡Desde que te dedicas á tomar paisajes por las alturas no hay quien te eche la vista encima!...

—¡Adiós Justiniano!... ¡Yo te auguro un *sobresaliente* como te toquen en los exámenes las Nuptias!...

—¡Picarón!... “¿Por qué no quiere usted ser médico de cámara?”

—¡Oye, tú; te sabrás de memoria la estadística de los que se estrellan en la calle de Segovia!...

—¡Dejarle!... ¡Hoy no ha habido buen crucero y el guardacostas trae cara de mal humor!...

—¡Pero siéntate á fumar un pitillo!... ¡Aquí tienes un sillón, tall!...

Y se oyó un taco redondo y terrible. Miguelito Cruz no pudo resistir el aguacero, se sintió tirado por las mangas del gabán, por el vuelo del abrigo,

arrastrado como por una tromba que le ensordecía y renunciando á defenderse, riendo con una risa forzada y seca y balbuciendo con voz trémula por el sobo: ¡pero hombres, que me váis á romper el saco! ¡No seáis brutos!... se dejó sentar en la silla con que le brindaban.

—¡Vaya, saca la petaca y echa una ronda Miguelito!... exclamó uno de los estudiantes refregándose las manos. Miguelito Cruz obedeció con la resignación de un mártir, maldiciendo en sus adentros de semejante tropa; á uno de los compinches se le ocurrió que cada cual encendiera su cerilla y en medio de una explosión de risotadas irguieron todos á la vez los fósforos juntándolos como si fueran á pronunciar un brindis con luces; luego, el de más confianza con Miguelito Cruz ó el más imprudente dijo soltando una bocanada de humo:

—¡Eal!... ¡Cuéntanos cómo van esos amores!...

Miguelito Cruz comenzaba á amoscarse é iba á soltar un bufido, pero la suerte vino en su ayuda. Uno de los

estudiantes, sentado frente al fondo del paseo cortó en su origen el diálogo, tatareando la marcha real y exclamó sin cesar en la tocata:

—¡Chin, ta, chinta, tachín... tachín!... ¡tachín!...

Entonces miraron todos hacia abajo y otro de los escolares añadió adelantándose á los demás:

—¡En nombrando al ruín de Roma!... ¡Ahí están las chicas del Viaducto!...



CAPÍTULO II

NNDUDABLEMENTE que las muchachas se llamarían de alguna manera y llevarían algún apellido, aunque fuese el de cualquier Gómez ó el de cualquier Rodríguez, pero la turba estudiantil conocíalas sólo por el mote con que la propia banda les había bautizado. Un día les gustó á los prematuros calaveras el palmito de las niñas y en pelotón, formándoles una escolta regia por el número, echaron tras ellas resueltos á averiguar su domicilio; las abonadas perpétuas á Recoletos, vivían en el tercer piso de una casa nueva que formaba esquinazo con la calle de la Mo-